

LA PICOTA DE OCAÑA

L A hora en que se ve, la luz que recibe, o el horizonte sobre que se dibuja, modifican hasta tal punto las apariencias de un mismo objeto, que sería difícil fijar su verdadero carácter aislándolo del fondo que le rodea o contemplándolo bajo otro punto de vista del que le conviene.

Saliendo de la villa de Ocaña, por el lado que conduce a las eras, en uno de esos calurosos días de julio en que sólo cuando declina el sol y se levanta el aire fresco de la tarde es posible respirar fuera del recinto de las poblaciones, sorprende el animado cuadro que presenta la inmediata llanura.

Por un lado se descubre la hilera de casas, cercas y bardales de los barrios extremos de la población, entre cuyos rojizos tejados asoman los chapiteles de las torres, las espadañas de las iglesias, y, de trecho en trecho, el almenado lienzo de un muro: por otro se ve el espacio que constituye las eras, limitada

llanura formada por la meseta de una suave colina; al fondo se desenvuelve la línea azul de los montes lejanos, bañada en un luminoso y encendido vapor que vela los contornos y los colores con una tinta general dulce y armoniosa.

Diseminados acá y allá en pintoresco desorden, animan el paisaje numerosos grupos de figuras: campesinos, mujeres, animales que van y vienen ocupados en las faenas propias de un pueblo esencialmente agrícola. Aquí rumian los bueyes acostados junto a las carretas; allí corren las mulas describiendo un círculo al arrastrar el trillo sobre las parvas; los labriegos aventan el grano, las muchachas cruzan cargadas de haces de espigas, los chucuelos espeluznados y con la cabeza llena de paja, se revuelcan por los montones de trigo. Unos cantan, otros ríen; éstos se llaman con gritos desaforados, aquéllos animan a las bestias con rudas interjecciones; todo es vida y movimiento, colores y luz que se combinan en efectos pictóricos a cual más sorprendentes.

En mitad de este alegre cuadro, dominando los grupos de figuras, cortando las horizontales líneas del fondo y destacándose como perfilado de oro por los rayos del sol poniente sobre el azul del cielo, se levanta un monu-

mento de granito, airoso y elegante, cuyo carácter no es posible definir y cuya destinación se comprende apenas.

Es alto como una mediana torre, esbelto y delgado como una palma; el arte ojival trazó su silueta reuniendo al más puro y ligero de sus contornos góticos los rasgos más sencillos y característicos de su graciosa ornamentación. El tiempo ha completado la obra del artista, prestándole la riqueza de color y la variedad de tonos que los años dan al granito; las mutilaciones propias de las injurias de la edad contribuyen a hacerlo pintoresco; un cabo de enredadera que sale de entre las junturas de los sillares, los jaramagos que crecen al pie y cubren en parte los rotos escalones, el sol que llamea en los abiertos brazos de la cruz de hierro que lo corona, todos son detalles y accidentes que aumentan su hermosura.

Cuando los labradores terminan su ruda tarea, cuando las muchachas han amontonado ya los haces en la parva y el sol prolonga los azules batientes de los objetos, unos tras otros vienen a agruparse al lado del alto pilar, y ya de pie, apoyados en las palas y las horquillas, ya sentados en los escalones aspirando la fresca brisa que enjuga el sudor

de sus frentes, relatan cuentos de príncipes y encantadores o graciosos chascarrillos que son acogidos por la multitud con exclamaciones de asombro o risotadas interminables.

Difícil sería que el espectador de esta égloga, examinando el monumento, punto de reunión de los tranquilos campesinos, presintiese su historia, fijase su carácter o adivinase el pensamiento a que obedeció el artista al levantarlo.

El transcurso de las edades y la variación de las costumbres han despojado aquel sitio de su sello histórico.

Hace algún tiempo el caminante que caballero en su mula llegase a la villa de Ocaña por la parte de las eras, si se había retrasado en el camino hasta el punto de entrársele la noche nebulosa y triste, no podría menos de hacer la señal de la cruz, murmurar una oración y tirar de rienda a su cabalgadura para desviarse de aquel sitio.

Alto, delgado e inmóvil como un fantasma, vería destacarse sobre el anubarrado cielo de la noche, rompiendo la dentellada línea de casas de la población, un monumento de piedra semejante a esas columnas que permanecen de pie y aisladas entre las ruinas de un templo. Si la medrosa soledad de sus contor-

nos, si el sordo aleteo de las aves de rapiña que venían a detenerse sobre la cruz del remate, si su forma particular e imponente no bastaban a hacerle comprender lo que aquello era, una cabeza separada del tronco, greñuda y horrible, metida dentro de una jaula de hierro, un miembro humano enganchado en un garfio, o el enjuto cadáver de un hombre suspendido aún de la cuerda y balanceándose lentamente al soplo del aire de la noche, le dirían bien pronto que había dado de manos a boca con la picota del lugar.

La picota, como cuestión de arte, es la horca elevada a monumento, la columna triunfal erigida en honor del verdugo.

Los señores que ejercían jurisdicción y señorío en un lugar la colocaban en otros tiempos a la entrada, como señal de dominio. ¡Cuántos dolores, cuántas infamias, cuántas ignominias se han atado a esos pilares de piedra que aún puede ver el viajero en la mayor parte de nuestras pequeñas poblaciones! ¡Cuánta sangre ha chorreado a lo largo de esos oscuros postes por donde hoy trepan los tallos de las enredaderas silvestres!

El aldeano que apenas recuerda confusamente la tradición, que no comprende lo que significa el castillo que todavía domina las

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

casucas del lugar, agrupado a sus pies; que no sabe cuántas obscuras generaciones pasaron humillando la frente ante aquel signo de fuerza, viene en la tarde a sentarse indiferente junto a la picota; las muchachas refieren cuentos agrupadas en sus escalones; los chicos trepan a la cúspide a coger los nidos de los pájaros; ¿qué más? ¡Hasta en un pueblo he visto hacer en ella un columpio!

Hay algo providencial en ese olvido que borra el pasado de la memoria de las masas, ahogando así los gérmenes de muchas violencias, de muchos odios y de muchos sombríos pensamientos. Por eso a solas conmigo me he preguntado más de una vez si será o no conveniente remover lo que duerme en el fondo de la conciencia del pueblo, hablándole de cosas que sólo puede perdonar olvidándolas.

ENTERRAMIENTOS DE GARCILASO DE LA VEGA Y SU PADRE

EN TOLEDO

EN una de las iglesias de Toledo más llenas de obras de arte y recuerdos históricos, hay al extremo de la nave lateral de la derecha una capilla obscura y de reducidas proporciones, a la que da entrada un gran arco redondo y macizo de estilo greco-romano.

En el testero de la capilla se levanta el altar, en cuyo retablo, cargado de adornos de gusto dudoso, pero ricos, se descubre la imagen de la Virgen que le da nombre. La luz que penetra por la cúpula del templo y se derrama suave y templada por su espacioso ámbito, llega allí cansada y confusa, y sus reflejos azules se mezclan con la claridad rosada de un trasparente de color que ocupa el fondo del camarín de la Virgen, sobre el cual destaca por obscuro el contorno de la santa imagen. La primera vez que visité el convento a que pertenece esta iglesia, ni sabía su nombre ni mucho menos los

tesoros de arte que encerraban sus muros. Cansado de dar vueltas al azar por las calles de Toledo, acerté a pasar por una plazuela tan excusada y sola, que la hierba crecía entre las piedras como en un prado. Vi a medio cerrar el postigo de un templo, y entré en él, como entraba y salía por todos los que me iba encontrando en el camino.

El día estaba al caer, y en el interior reinaba el silencio más profundo, turbado sólo por el ruido de los pasos de una especie de sacristán que iba y venía a lo largo de las naves, limpiando el polvo de los altares, arrastrando de acá para allá los bancos del coro, y atizando las lamparillas de un viacrucis.

Largo tiempo estuve examinando algunos sepulcros notables esparcidos en diferentes puntos de la iglesia, tratando de descifrar sus borrosas inscripciones a la escasa luz que penetraba por los vidrios de la cúpula. Creía encontrarme solo en aquel sitio, sin otro compañero que el diligente sacristán, que no se daba punto de reposo en la operación de su minuciosa limpieza más que para hacer una genuflexión delante de cada altar de los que iba sacudiendo.

No obstante, al cabo de algunos minutos

me pareció oír hacia el más apartado ángulo del templo un murmullo levisimo; especie de confuso silabeo como de persona que reza en voz baja y sólo deja percibir a distancia el silbo suave de las eses que pronuncia.

Yo he oído muchas veces ¿quién no lo ha oído alguna vez?, rezar a media voz a esas viejas devotas que, temblándoles la barbilla y arrebuajadas en un manto de bayeta negra, turban el grave silencio del santuario con una especie de salmodia risible, mezcla confusa de palabras gangosas, silbos ásperos que se escapan por entre las desiertas encías, suspiros y gimoteos. Comprendí que alguien, una mujer acaso, rezaba envuelta entre las sombras del templo; pero lo comprendí recordando lo que había oído otras veces, como podría reconocer a una persona de la que sólo hubiera visto antes la caricatura. En efecto, aquel rumor era en algo parecido; pero tenía notas y modulaciones de agua que corre, de seda que cruje, de alas que baten el aire.

Movido de la curiosidad, di algunos pasos en la dirección que lo percibía, y entré en la capilla. Entonces pude corroborar mi opinión de que, para ver a Toledo y sentirlo y sorprender esos cuadros que nos impresionan por su novedad o su belleza, vale más discu-

rrir sólo y sin rumbo fijo por sus calles, a lo que la casualidad ofrezca, que no recorrerlo a escape con un ignorante cicerone, especie de moscardón de las ruinas, que se os cuelga a la oreja zumbando sandeces.

El altar, de trazo grande y ornamentación fastuosa, bañado en la sombra del batiente del arco, dejaba ver en su centro un luminoso óvalo de claridad rosada, en el cual se dibujaba la imagen de la Virgen como esas figuras que destacan por obscuro sobre el fondo de oro de las tablas de los antiguos maestros alemanes. La luz del trasparente venía a dar sobre el muro de la derecha, sobre una amplia hornacina, en cuyo hueco se contemplaban dos figuras colosales de guerreros completamente armados, que de rodillas y con las manos juntas en actitud de orar, tenían sus ojos sin pupila vueltos hacia la imagen.

La diáfana claridad del tabernáculo y la fantástica blancura de las estatuas absorbían de tal modo la atención, que al principio, y como no cesaba el murmullo de palabras que me había llevado hasta aquel sitio, me hice un momento la ilusión de que se escapaba de los labios de piedra de aquellos inmóviles personajes.

Poco a poco logré darme cuenta de lo que me rodeaba, y entonces vi a una mujer arrodillada al pie del sepulcro. Yo no he soñado esa mujer. Viva y sana anda por Toledo: hermosa, alta, severa, que parece una figura bajada del pedestal de un claustro gótico. La he visto después en muchas ocasiones, en las iglesias la mayor parte de ellas, en la calle algunas otras, y siempre me ha parecido extraordinaria, como conjunto maravilloso de líneas puras y correctas; pero nunca, cual entonces, pude sentir toda la inexplicable poesía que irradia y la hace aparecer encarnación humana del mundo de idealidad que vive en Toledo; flor pálida de las minas, que en medio de su juventud y belleza tiene algo de severo y triste, y se antoja un espíritu del pasado que viene al través de los siglos revistiendo diversas formas, y es como el alma inmortal de la ciudad muerta.

Yo tenía la noticia vaga de que en una de las iglesias de Toledo se hallaban los sepulcros del dulce poeta Garcilaso de la Vega y de su valeroso padre. ¿Dónde? No lo sabía. Esperaba encontrarlos en alguna de mis excursiones y conocerlos, bien por la inscripción, bien por el carácter de las figuras. La hornacina en cuyo hueco estaban arrodilla-

das las dos estatuas carecía de inscripción; en el muro no se encontraban tampoco. No obstante, la armónica y misteriosa relación de los objetos que componían el cuadro que se ofrecía a mis ojos, me reveló que aquellos eran los sepulcros del guerrero y del poeta.

Involuntariamente me acordé de la Vega granadina y del sol espléndido que iluminó el famoso combate de García Laso *el de la hazaña*, cuando en presencia de los Reyes Católicos hizo morder el polvo al infiel, que por el polvo arrastraba el santo nombre de María. Este es, dije, aquel poeta en acción, que si no hizo versos, dió amplio asunto a la musa popular con su caballeresca empresa. ¡Es que ilustró su vida con una alta empresa, llevando por dama de su pensamiento a la Reina de los Angeles donde podía dormir el sueño de la muerte, si no a la sombra de su altar, vestido de la armadura y vuelto aún hacia ella en muda y eterna oración? Y aquel otro más alto y joven a cuyos pies murmura aún sus rezos una mujer hermosa, ese, proseguí pensando, ese es el que cantó *el dulce lamentar de los pastores*, tipo completo del siglo más brillante de nuestra historia. ¡Oh! ¡Qué hermoso sueño de oro su vida! Personificar en

sí una época de poesías y combates, nacer grande y noble por la sangre heredada, añadir a los de sus mayores los propios merecimientos, cantar el amor y la belleza en nuevo estilo y metro, y como más tarde Cervantes, y Ercilla, y Lope, y Calderón, y tantos otros, ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la acción y la idea, y morir luchando para descansar envuelto en los jirones de su bandera y ceñido del laurel de la poesía a la sombra de la religión en el ángulo de un templo!

¡La luz de la lámpara que alumbra la santa imagen tiembla hace siglos sobre tu noble frente de mármol, y entre la sombra parece que aún chispea tu blanca y fantástica armadura! ¡Ni una letra, ni un signo que recuerde tu nombre! ¡Qué importa? ¡El curioso vulgar pasará indiferente junto a la tumba en que reposas; pero nunca faltará quien te adivine, nunca faltará alguna mujer hermosa que arrodillada en ese rincón, tan propio para la oración y el recogimiento, venga a rezar a tus pies, regalándote el oído con la música de sus dulces y fervorosas palabras!...

En esto cerró la noche; la hermosa devota se levantó y se fué... andando sin duda... a

mí me pareció entonces que deslizándose sin tocar el pavimento de la iglesia, como una forma leve que empuja el aire: el sacristán, que había terminado su limpieza, comenzó a sonar el manajo de llaves, como diciéndome de modo indirecto que comenzaba a estorbar en el templo. Salí y me encaminé a la fonda. ¿Había visto, en efecto, el sepulcro de Garcilaso? ¿O era todo una historia forjada en mi mente sobre el tema de un sepulcro cualquiera? Tenía un medio de salir de dudas: consultar la guía del forastero en Toledo. Pero temía equivocarme. Después de todo, yo no trataba de hacer un estudio serio de la población, ni de pertrecharme de datos eruditos. Tanto me importaba creer que lo había visto, como verlo.

No obstante, después de vacilar un rato, resolví salir de la duda; abrí el librito y leí:

«En el convento de San Pedro Mártir de
»Toledo y en la capilla de la cabecera de
»la nave lateral derecha, en que hay un
»altar churrigueresco con la imagen (muy
»venerada en esta ciudad) de la Virgen del
»Rosario, se hallan empotrados en el muro
»los sepulcros del poeta Garcilaso de la Vega
»y de su valiente padre, del mismo nombre,

»cuyas dos estatuas de mármol, armadas a
»la antigua y arrodilladas hacia el altar, no
»carecen de mérito.»

.....
.....
Ultimamente, los restos del ilustre soldado y poeta fueron conducidos en pública procesión a la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, donde esperan en un rincón de la sacristía la resurrección de la carne y un monumento en el panteón nacional.

UNA CALLE DE TOLEDO

DISCURIENDO al azar por entre el confuso laberinto de calles de la antiquísima ciudad de Toledo, el artista, el historiador y el poeta encuentran en los detalles de sus edificios, en los grandes nombres que conmemoran y el sentimiento que inspiran, el más curioso de los Museos, la más interesante de las crónicas y la más pura fuente de melancólicas y altas inspiraciones.

El dibujo que damos a nuestros lectores, recuerdo de uno de estos paseos por las desiertas calles de la ciudad histórica por excelencia, es cumplida prueba de lo que dejamos dicho.

En el fondo se destaca sobre los redondos arcos del pórtico de una iglesia, cuya última restauración se remonta al siglo XVI, la torre alta y airosa que en su tipo y ornato ofrece clara muestra del visible influjo de la dominación árabe. A un lado y contra el desnudo paredón del ábside de un convento, se ve la cruz colosal que expresa con líneas más sobrias y grandes el mismo pensamiento reli-

gioso que llenó en una época de churriguerescos retablos las esquinas de las calles de nuestras antiguas poblaciones. Al otro, completa el cuadro el muro y la portada de granito de una noble casa, solar de un esclarecido linaje.

El artista no necesita preguntar el nombre de aquellos edificios, ni conocer las circunstancias de su construcción o los sucesos de que han sido teatro, para encontrar un cuadro completo en la combinación de sus caprichosas líneas, su color y detalles.

Pero llega el historiador. El nos refiere que aquel templo fué primero mezquita de los moros los cuales la conservaron dedicada a la celebración de sus ritos aun después de reconquistada la ciudad. Por él sabemos cómo más tarde se consagró al culto católico bajo la advocación de San Román, que hoy conserva, reedificándola y levantando su airosa torre muzárabe el célebre prócer castellano don Esteban de Illan, el cual, ayudado de los Benavides y de otros caballeros de linajes ilustres de Toledo, en una noche del verano de 1166, después de haberle sacado ocultamente de la villa de Maqueda, donde le criaban los secuaces del bando de los Castros, encerraron en ella al niño Rey don

Alfonso VIII, proclamándolo mayor de edad desde lo alto de sus ajimeces, en los cuales amaneció ondeando el pendón de Castilla, mientras los heraldos anunciaban la nueva a la atónita población, que no esperaba que sus sangrientas disensiones tuvieran aquel rápido desenlace.

Esta es, nos dice luego, la casa del famoso don Esteban, en la cual es tradición vivió asimismo el dulce poeta Garcilaso: el tiempo, al borrar el sello de las remotas edades del exterior del edificio, ha respetado en el interior una magnífica sala morisca, ornamentada conforme al gusto muzárabe tan usado por los conquistadores, y algunos escudos y timbres heráldicos que traen a la memoria el nombre de sus ilustres dueños.

Aquel ábside, añade por último, pertenece al convento de monjas bernardas de San Clemente, fundado en el siglo XII por D. Alonso el Emperador, y bajo cuyas bóvedas duerne el sueño de la muerte su hijo el infante don Fernando.

¡Qué grandes proporciones, qué imponente poesía adquiere entonces a nuestros ojos aquella estrecha y solitaria calle que antes sólo se nos antojaba un cuadro pintoresco, y ya es una página viva de nuestra historia!